

REVISTA

COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Bendecida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

Suscripción Mensual

— de —

cuatro números

₡ 1.00

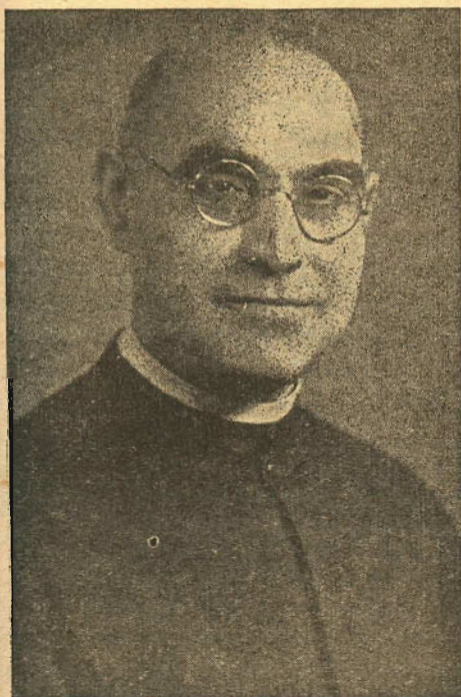
DIRECTORA:
SARA CASALYA DE QUIROS
Apartado 1239
OFICINA mi casa de
habitación N° 2730
Teléfono 3707
BARRIO: LA California
Av. 1ª Calles 27-29

AÑO XVIII

San José, C. R., Domingo 5 de Octubre 1947

No. 747

Partida Eterna del Padre Gadea



almas, continúan su misión en el cielo con mayor eficacia que lo hicieran en la tierra.

Una de las mayores gracias que puede recibir un sacerdote es la de ser un buen confesor, hacer sentir a sus dirigidos que como Ministro del Señor no es él el que los dirige, es el Mismo Nuestro Señor Jesucristo, el que habla en el confesionario por medio de su representante, y esta gracia la recibió el humildísimo Padre Gadea por medio de María Auxiliadora, mediadora de todas las gracias.

Todas las almas, ansiosas de mejor vida, se acercaban al confesionario del P. Gadea: muchachos que necesitaban de quien los dirigiera para combatir todos los males a que la actual vida pagana los incita; señoritas y jóvenes que en medio de la vida social tan superficial que llevan, sienten la voz de Dios que las llama a una vida más espiritual; madres, viudas, sacerdotes, todos se acercaban a aquel santo sacerdote en busca de luz para que alumbrara el camino de sus vidas para no extraviarse y luego sentir el remordimiento de no haber tenido fe, esperanza y caridad para llegar al puerto de la eternidad sin ese temor que sienten los que se olvidaron de Dios y dieron rienda suelta a los desenfrenos de la concupiscencia de la carne.

Deseara tener una pluma genial para rendirle mi último homenaje al muy querido e inolvidable Padre Gerónimo Gadea, sant y humilde hijo de Don Bosco. Innumerables almas quedan huérfanas, sin dirección espiritual, llorando la ausencia material del ilustre y distinguido sacerdote. Pero no, el Padre Gadea nos amaba con todo su corazón y seguirá guiándonos desde el cielo con más poder, porque es voluntad de Dios que aquellos apóstoles del Señor que todo lo dejaron: familia, patria, honores, riquezas, felicidad en este mundo, todo por la mayor gloria de Dios y salvación de las

El P. Gerónimo Gadea era un santo Director espiritual, su sola presencia irradiaba la santidad; de talento poco común, ilustradísimo como ninguno otro, elocuente, convincente, sabio en sus consejos y de una humildad y tacto

social. El Amor divino rebosaba de su corazón y se derramaba en los corazones para traerlos a la Eucaristía y a la Santísima Virgen que eran los dos centros de su Vida Mística.

Algo verdaderamente maravilloso era verlo celebrando el Santo Sacrificio de la Misa, su identificación con Nuestro Señor en el Calvario lo hacía sentir todo lo que Nuestro Señor sufrió por la Redención del Género Humano y lo rodeaba como una aureola de luz celestial que irradiaba sobre todas las que asistían al Santo Sacrificio. Cuánto amor y reverencia había en todos los movimientos, en las cruces, genuflexiones, bendiciones, que hacía; hasta los niños huérfanos que tuvieron la dicha de verlo el último Jueves de Corpus en misa de siete, se sorprendieron de aquella misa que oyeron y no pudieron menos que ir a contarle a sus maestros y maestras el placer que sintieron en aquella Santa Misa. Cuando daba la última bendición era como un ángel, y al bajar las gradas del altar para rezar las últimas oraciones lo hacía con los brazos abiertos en cruz levantados, la vista baja, pareciendo un serafín.

Hace algún tiempo, lo esperábamos en el ORATORIO DE SAN BOSCO para consultarle algo y cuando llegó lleno de alegría celestial, nos dijo: soy el hombre más feliz de la vida... no me cambio por el soberano más grande de la tierra, he dicho tres Misas hoy... y su emoción era tan grande que le impedía casi hablar... y nosotros nos quedamos anonadadas ante el santo júbilo...

Una vez presencié la Santa Misa uno de los que se dicen ateos, pues era a un funeral de un convertido al que asistía. Por vía de curiosidad se colocó muy arriba en la iglesia y vio a un sacerdote ofreciendo la Santa Misa y sólo Dios sabe lo que sintió al ver aquel humilde sacerdote ofreciendo el Santo Sacrificio por el desaparecido... ¿quién era ese Sacerdote? el Padre Gerónimo Gadea... y no terminó allí el ateo, se informó quién era aquel sacerdote y le dijeron, un humilde hijo de Don Bosco,

El Padre Gerónimo Gadea;... me ha impresionado tanto verlo celebrar los funerales, no sabía que era el Santo Sacrificio que representa Sagrada Pasión y Muerte del Soberano Mártir que dió su vida por la Redención de todos los hombres, inclusive la del mismo ateo. Y es de esperar que ese ateo sea hoy un fiel cristiano por la influencia de la Santa Misa oficiada por un Santo Sacerdote.

Asistimos a su muerte, aquello era un pedazo de cielo, cómo se sentía allí, en aquella celda del Hospital San Juan de Dios que toda la Corte Celestial rodeaba el lecho de muerte de Aquel Santo Sacerdote que había hecho tanto bien a las almas... rodeado de sus hermanos en Cristo, de hermanas Salesianas, de sus amigos y amigas, hijas de confesión, de niños salesianos, de jóvenes del mundo, de humildes servidores del Oratorio y Aspirantado Salesiano y de Hermanas de San Vicente de Paúl, todos, estábamos allí conmovidos, ploróticos los corazones de dolor, oprimidos al ver que nuestro consuelo se nos iba... arrodillados, contritos, confusos, pidiéndole que nos bendijera la última vez, y elevando nuestras más fervientes oraciones para que todos los Santos del cielo vinieran por aquella alma santa y se la llevaran a la Santísima Virgen para que ella y su hijo lo llevaran a gozar de la Gloria Celestial.

¡Qué bella es la muerte de los Santos!... su vida se fué terminando, dulce y suavemente, ... sin dolor... hasta que el último suspiro se llevó aquella alma para la eternidad!...

Y quedó en aquella celda un olor a santo, un dulce sentimiento de Paz y amor divino que fué el que movió aquel corazón del Hijo de Don Bosco y de María Auxiliadora.

Y ahora nos quedamos elevando nuestras oraciones porque el muy querido Padre Gadea nos envíe sus bendiciones y nos defienda de todo lo que venga a turbar la paz y fraternidad de esta República...

SARA CASAL Vda. de QUIROS

15 de Setiembre de 1947

Panamá
 "La Patria es el recuerdo!... Pedazos de la vida
 envueltos en girones de amor o de dolor;

"

R. Miró

Señor, Señor, por qué llegan
 tan hondo los versos de Miró!

Quando la soledad con su abrazo de
 angustia me oprime... en mi oído tus versos
 me canta con ansia infinita...

"La Patria es el recuerdo!... Pedazos de la vida
 envueltos en girones de amor o de dolor;"

Si tendida en la playa, mis ojos cansados se
 cierran pensando en el hijo lejano... en los
 padres ancianos... Del fondo del mar
 se levanta un murmullo que repiten las olas
 vestidas de encaje

al bailar su constante minué...
 "..... Pedazos de la vida
 envueltos en girones de amor o de dolor";

Quando en las rosadas tardes de encanto tro-
 pical, los pajarillos, en alegre batir de alas,
 sus nidos buscan ya; y envuelto en armonías
 estremece sus afiladas hojas el bambú... Di-
 chosos, pienso yo; felices ellos, pequeños vio
 lines alados que no conocen los versos de Miró;

"La Patria es el recuerdo!... Pedazos de la vida
 envueltos en girones de amor o de dolor;"

.....

En mis noches de vigilia, cuando la luna a-
 soma entre el follaje su ojo gigantesco para
 otear en el sendero que corta la oscura esme-
 ralda de los prados; y a su luz se tornan más
 blancas las blancas flores de los cafetos, y es
 más sutil el perfume de los nardos... En ese
 instante en que los árboles cubren sus copas
 con cascos de plata; y es más dulce el amor; y
 el dolor más intenso... Siento ahondar en mi
 alma como garras los versos de Miró!

"La Patria es el recuerdo....
"

Señor; si hincada ante el altar levanto supli-
 cante mis manos hacia tí, y el sol entrando por
 los altos ventanales baña en oro tu rostro sa-
 crosanto... Involuntariamente, en el iris de
 una lágrima aparecen: mi casa; su patio de
 azulejos; el macizo de geranios; mi Cristo de
 Velázquez; la luz de una velita parpadeando
 en los hierros forjados del farol... Mientras
 que, en la penumbra del desierto coro, el
 viento que roza las teclas del órgano parece
 que canta muy dulce, muy quedo

"..... Pedazos de la vida
 envueltos en girones de amor o de dolor;"

Señor, Señor, porque llegan
 tan hondo los versos de Miró!

ISABEL

EN LA FARMACIA FISCHEL

TELEFONO 4877

EXISTENCIA PERMANENTE DE PENICILINA,
 SUEROS Y VACUNAS

*Esmerado Despacho de Recetas. Servicio inmediato a domi-
 cilio. En la Farmacia Fischel siempre encuentra lo que busca.*

CONSIGANOS SUSCRITORES

Que Dios es para quien le ama, más delicioso que todo y en todo

Capítulo XXXIV

Imitación de Cristo

PRIMERA REFLEXIÓN

DIOS ES LA BELLEZA PERFECTA

Que Dios lo sea todo para los afortunados moradores de los cielos que le ven al descubierto, le admiran sin saciarse, le aman sin medida, la poseen sin temor y viven por decirlo así, de El mismo, nada tiene en verdad de sorprendente; pero que durante la peregrinación de esta vida, en que Dios no es perceptible, no tan solo a los sentidos, sino y en cierto modo, ni aun al alma que no puede ni verle, ni admirarle, ni poseerle, verdaderamente con seguridad, muchos le aman sin embargo hasta el punto de manifestarse indiferentes a todo lo que no es El, he aquí un misterio que parecerá exageración o locura a los hombres del siglo. Mas que lo califiquen de esta o de aquella manera, ¿qué nos importa? lo cierto es que de más de un corazón disgustado de lo que el mundo le ofrece exhala este grito ¡mi Dios y mi todo! En el seno de la pobreza voluntaria o aceptada, en medio de la desnudez y de la privación de las cosas más útiles para la vida, el alma rica de la gracia de Dios, mientras espera el día de poderlo ser de Dios mismo, se siente dichosa exclamando: ¡Dios mío y mi todo! Cautivo y cargado de cadenas, el fiel amante de Jesús puede decir, dando una mirada a su divino modelo: Vos sois mi libertad, Señor Dios mío y mi todo. Clavado en el lecho del dolor el cristiano afligido y resignado halla un lenitivo a sus males en esta dulce palabra que tantas veces repitieron los mártires: ¡ Mi Dios y mi todo! ¡Dios mío y mi todo! tal fué el clamor de las vírgenes que despreciaron el deleite de la carne y la satisfacción de los sentidos; tal el de todos los escogidos, santamente envidio-

sos de participar de las humillaciones y de los dolores de Jesús, cuyo amor valía más para ellos que todas las delicias de la tierra.

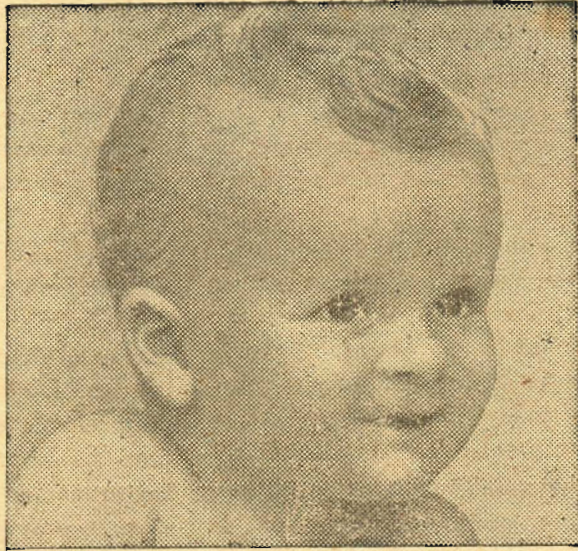
Y esta misteriosa disposición del alma, únicamente ávida, o si se quiere, únicamente sedienta de su Dios, ¿de qué manera podríamos explicarla, como no sea por la doble inclinación de nuestro corazón que se siente naturalmente movido a ir en pos de lo bello y unirse a lo bueno?

Pero aquí se presenta la gran dificultad que no hicimos más que apuntar al principio de esta reflexión; porque si por una parte Dios es bueno, y por otra nuestra naturaleza nos lleva a amarle como belleza perfecta ¿de qué manera podremos remontarnos hasta El para contemplarle, siendo como es su belleza toda espiritual? He aquí nuestra respuesta: tenemos dos medios de conocer a Dios y sus perfecciones. El primero conviene sobre todo a los talentos cultivados, a las inteligencias acostumbradas desde mucho tiempo a los difíciles trabajos de la razón: el cual consiste en ver a Dios en sí mismo y si es permitido decirlo así, en su propia esencia. De esta suerte olvidando todo lo criado, y recordando la sublime definición que de sí mismo dió el Señor a Moisés: Yo soy el que soy, el alma que así considera hace derivar de la necesidad del ser de Dios todas las demás perfecciones divinas, diciendo para sí: el que es por sí mismo debe necesariamente poseer la infinita bondad, la sabiduría infinita, y la justicia y la grandeza también infinitas.

El segundo medio, más en armonía con las inteligencias vulgares, consiste en ver a

Le ofrecemos:

Los Quince Jueves del Santísimo y Método para visitar a Jesús Sacramentado a ₡ 1.00.



La salud-en su formación

Desde el comienzo mismo, el alimento del bebé es de suma importancia. Si por cualquier motivo la madre no puede ella misma dar de alimento al bebé, no hay porqué preocuparse pues el Cebada 'Patent' de Robinson con leche de vaca es un sustituto satisficente.

MEDALLAS DE LA VIRGEN MILAGROSA

Ya nos llegaron pequeñas para venderlas a 20 centavos cada una. Por cientos haremos descuento..



CEBADA 'PATENT' de ROBINSON

Agentes: COSTA RICA MERCANTIL CO., San José

Dios no en sí mismo sino buscarle y conocerle en sus obras. La creación del universo, la conservación del orden: he aquí las pruebas claras y sensibles de la sabiduría de la Providencia divina.

De estos dos medios de concebir a Dios, el primero es el más perfecto, porque Dios, es el que es independientemente de sus obras; pero el segundo hace más impresión porque habla a nuestros ojos. Pues, bien, ¿queremos saber cuál es la belleza de Dios? Fijémonos en uno y otro de estos medios. Contemplémosle primero en su esencia, y para eso subamos con la mente

hasta la sublime altura donde Dios reina. ¡Qué esplendor y brillo en su ser divino! ¡qué armonía en sus adorables perfecciones! ¡qué duración en esa interminable serie de siglos a que se da el nombre de eternidad! ¡qué ciencia y qué amor en esas tres Personas divinas a quienes una sin confundirlas una mutua e inefable felicidad! Pues bien, esa belleza toda espiritual, ese semblante resplandeciente de fulgores, es el objeto del arrobamiento y de los éxtasis de los espíritus celestiales, cuya felicidad consiste en ver y amar la belleza perfecta.

Mas para sentir sus atractivos sería pre-

ciso, como dice el Profeta: haber entrado en el santuario mismo de Dios. Nos será por lo tanto más fácil conocerle por sus obras; contemplar la belleza de las cosas creadas, para por ella formarnos idea de la belleza increada. Hagámoslo sin embargo no sin prudencia y precaución, por temor de que por un efecto enteramente opuesto, los encantos de la imagen no nos hagan olvidar la perfección del divino original, único q' deberían recordarnos. Oh tú, pues que tan codicioso estás de lo que cautiva tus miradas, busca entre los objetos que el mundo encierra, el más encantador que te ofrezca para compararlo con la belleza divina. ¿Qué es el espectáculo de la naturaleza, animándose, por decirlo así, por la benigna influencia de la primavera, comparado con la belleza del que dijo: yo soy la hermosura de los campos. Considera la inmensidad de los mares; contéplalos en sus momentos de calma cuando aparecen lisos como un espejo, o en los de su furor, cuando lanzan sus olas hasta las nubes. Levanta tus ojos para contemplar la grandeza de los cielos y el brillo de los astros que constituyen su adorno; pregun-

ta a los elementos y todos te dirán que su belleza es una pública manifestación, una alabanza continua de la belleza de Dios, a quien son deudores de todo cuanto poseen. Te dirán que el que los crió es incomparablemente más bello, porque es la belleza perfecta y esencial.

De esta suerte las criaturas no son bellas sino por un efecto de la potencia creadora de Dios; por una derivación de su belleza, que es el manantial, principio y modelo de la suya. Dios encierra en su seno todas las perfecciones creadas, imaginables y posibles. Es El mismo tan perfecto que, juntas todas las bellezas creadas unidas a la suya, no pueden hacerle ni más perfecto ni más bello. No pueden añadirle nada, de la misma manera que no puede la copia añadir nada al original, la sombra a la luz, ni un instante a la eternidad. Lo que admiramos en las criaturas no es nada pues; y si algo parecen a nuestros ojos es porque Dios derramó en ellas, como dice el Profeta: la luz de su semblante; porque su imagen se encuentra impresa y grabada en ellas con caracteres divinos e indelebles.

Doña Adela Gargollo vda. de Jiménez

Siempre admiramos a doña Adela por su gran dinamismo, su don de gentes, su atractivo conversar y nos complacía muchísimo ver que una mujer reuniera cualidades que muchas de ellas sólo los hombres poseen. Todo el trabajo de doña Adela fué de un hombre, aquella gran fábrica dirigida por una dama de cuerpo pequeño pero de gran alma y corazón. Luchó, trabajó, reunió un gran capital, sin gran aparato, daba gusto verla en su fábrica, explicándonos toda su labor y solo Dios puede ayudarme, tengo muchas contrariedades, luchas, decepciones pero espero demostrar que la mujer cuando traaja con entusiasmo lo hace también como el hombre y muchas veces con me-

jores resultados.

Dama distinguidísima del mundo social, tenía numerosos amigos y amigas que la admirábamos y le teníamos verdadero cariño.

Su vida laboriosa tenía que gustar, aquel corazón lleno de amor para los suyos pero su alma plétórica de amor a Dios continuará vigilando para que, como ella, se unan a ese Dios que tanto amó y a quien rogará que los suyos no lo olviden para que su bendición no se aparte de ellos y así cumplir los deseos más ardientes de su corazón. Para sus apreciales hijos y distinguida familia doliente enviamos nuestro sentido pésame. Rogamos enviar oraciones por el alma de doña Adela.

NOVELA

es lo bastante repetido y próximo en distintas épocas de su genealogía para explicar la semejanza...

Era la primera vez que parecía aceptar el hecho de nuestro parentesco. Le hubiera abrazado, de puro reconocida. De pronto, pareció turbado, como descontento de haber ido demasiado lejos. Yo, por mi parte, callaba como una muerta, mirando el retrato de la señora en cuestión, y Jaimito empezó a charlar como un loro para devolvernos el equilibrio.

—Esta buena moza fué la mujer de D. Iñigo de Hervás, dama de honor y ahijada muy querida de S. A. Sea como fuere, era una mujer bellísima... ¿Has estado en Florencia, Pedro Luis?

—Sí —contestó secamente el chico.

—¿Recuerdas la galería Pitti? La Virgen del Gran Duque, la Madonna de la Seggiola... las obras de orfebrería del incommensurable Benvenuto Cellini, las de Juan de Bolognia y Pietro Tacca...

—Claro, hombre; ¿quién que haya estado en Florencia habrá dejado de visitar la pinacoteca del duque de Toscana? —dice impaciente Pedro Luis.

—Entonces, recordarás la maravilla de Rafael.

—¿La *donna velata*?

—Sí, la *donna velata*. A ella es a quien se parece de un modo asombroso esta doña María de Guzmán, esposa de D. Iñigo. ¡Qué ojos... qué boca! ¿No son idénticos?

La atención de Pedro Luis estaba desviada. Sonrió aquiescente.

—Sí, tienes razón.

¡Oh, sapientísimo Jaimito!

Hemos salido del castillo al anochecer dejándonos a Pimentel en poder de los Hervás. La condesa ha vuelto a insistir, apremiando a Adelaida para que me deje unos días con ellos, en Grijuela.

Al oír esta invitación, Pedro Luis ha vuelto a mostrarse reservado y ceñudo; otra vez la sombra se ha desplegado entre los dos como oscura cortina. No ha apoyado la invitación

de su madre. Jaimito me parecía extraordinariamente violento mientras nos acompañaba hasta el coche, bromeando con las amigas de las dos gemelas. Yo me ahogaba; unos minutos más que hubiese durado la despedida y no respondo de que no comenzara a gritos y a lloro limpio como las histéricas. Pedro Luis se ha mantenido rígido e imperturbable hasta última hora, contrastando la frialdad —llena de un respeto cortés, eso sí— con que me ha distinguido, con la cordialidad alegre, enteramente de muchacho de que se ha revestido para decir adiós, entre mil bromas, a las chiquillas que vinieron de Navarvillas a pasar la tarde con Leonor y Guiomar, y a las cuales ha instalado en la galera, donde las aguardaban el cochero y una criada vieja, muy de pueblo; de esas criadas que se meten en todo.

Después que la galera ha echado a andar al trote de sus descansados y lustrosos caballos—caballos de casa rica, que sin duda es espléndida en la provisión del pesebre— Pedro Luis y Jaimito nos han instalado en el "auto", prodigándonos esa serie de pequeñas atenciones con que todo hombre de sociedad obsequia a una mujer. Jaimito me ha besado paternalmente en ambas mejillas, y Pedro Luis, después de hacer lo mismo con la mano gordita y pulida de Adelaida Fajardo, se ha limitado a inclinarse delante de mí con la misma tiesa ceremonia protocolaria con que un embajador pudiera hacerlo ante una reina. No se lo agradezco. Siento ira y pena. Es feo sentir esas cosas, ya lo sé; pero las siento, no puedo remediarlo. Cuando el coche arranca estoy tan herida que ni contesto a las cariñosas frases de despedida de las dos amables y preciosas gemelas. Apenas está el "auto" en plena carretera, cuando Adelaida comenta con una naturalidad que me aturde:

—Consuelo tiene un empeño grandísimo en que vengas a Grijuela a pasar con ella algunos días.

Silencio hostil de mi parte. Miro el paisaje crepuscular envuelto en alcatifas de oro y sangre.

—Habré de escribirle a tu abuela y, si conciente puedes estar con los Hervás una quincenta.

A mí misma me asombra la impetuosidad de mi voz y de mis palabras cuando salto violenta:

—¡No iré! ¡No te empeñes, porque no iré! ¡Primero... a un asilo que al castillo de Grijuela!

Adelaida Fajardo vuelve la cabeza para mirarme, atónita. Seguramente cree que me he dado un ramo de locura.

—¿Pero qué tonterías son esas, Matilde? —reprende suave.

—¿Pero tú no ves —estallo al fin— lo que está haciendo conmigo Pedro Luis? ¿Eres ciega? ¿No te has dado cuenta?

—¡Ah, vamos! Ya estoy en ello. Te molesta la circunspección un poco fría, pero muy correcta, de Pedro Luis Hervás, ¿no es eso? Pues no lo tomes a pecho, hija; él es así. No pertenece a esa cuadrilla que te has dejado en Madrid... no es un "camarada" de esos que juegan, fuman y beben *cocktails* con vosotras. Para Pedro Luis, educado todavía a la moda de cincuenta años atrás, sería crimen de lesa cortesía tutear a una muchacha a los quince días de conocerla. Debías —al contrario— sentirte muy halagada de ese respeto con que parece distinguerte Pedro Luis.

—No quiero ese respeto. Además, no es respeto, para que te enteres: es una máscara que encubre la aversión que siente por mí...

—¡Qué exagerada eres, querida! No creo a Pedro Luis capaz de sentir aversión para nada— él, tan bueno— y mucho menos por una muchacha bonita y simpática como tú, que nada le has hecho.

—Estás segura de que "nada" le han podido hacer los míos? —insistí, vivamente—. Porque esa hostilidad con que me distingue Hervás, más que personalmente a mí, parece dirigirse a mi familia... ¿Hay algo en el pasado de los míos, que haya podido herir a ese muchacho?

Adelaida, a quien yo miraba atentamente, no pareció sobresaltarse lo más mínimo. Contestó con la mayor naturalidad:

—No... Que yo sepa, no. Hubo aquel a-

sunto de la herencia de Sacromoro; pero esas son cosas que se están viendo todos los días. Como los pleitos. Cosas de intereses que no son bastantes a engendrar un odio como el que tú supones en Pedro Luis Hervás. Cuando le conozcas mejor, convendrás conmigo en que por muy perjudicado que se haya visto con el fracaso de la herencia, Pedro Luis está por encima de esas cuestiones de dinero. Es demasiado gran señor, demasiado generoso, demasiado desprendido para llegar a lo que tú supones. Si él lo supiera se ofendería de muerte. Además, tú debes saber perfectamente que tu padre y tu abuela le llamaron para partir con él la fortuna de Abilio Sacromoro. Jaimito fué uno de los que intervinieron. Y Pedro Luis se negó a aceptar nada. De manera que si este era el motivo de su rencor hacia los Serralba, debió haber desaparecido la hostilidad ante la actitud de tu familia; una actitud de conciliación.

— Y por qué no quiso aceptar Pedro Luis lo que de tan buena voluntad se le ofrecía? —insistí, recelosa.

Adelaida se encogió de hombros.

—¡Qué sé yo! Acaso porque es muy orgulloso.

Muevo la cabeza, llena de dudas.

—No. Yo no lo creo así. Había ya "algo". Ese "algo" que sigue separándonos ahora.

—Fantasías tuyas. Alguien lo sabría, y nunca se ha oído decir nada.

—Sin embargo, todo parece confirmarlo. ¿Tú comprendes este alejamiento de dos familias tan unidas siempre... un alejamiento muy parecido a la ruptura?

—Sí, lo comprendo. Las relaciones se enfriaron cuando lo de la herencia; después, las tentativas de conciliación acaso suavizaron las asperezas, pero la mudanza de posición de los Hervás, les desplazaron de Madrid, se hundieron en Grijuela quizá por altivez se aislaron, creyendo tal vez que sus amigos les desairasen al verles en situación precaria... Un exceso de delicadeza, muy lógico en el carácter de Pedro Luis... Y, naturalmente, sus relaciones, no sólo con los Serralba, sino con mu-

chísimos amigos y parientes se fueron enfriando hasta quedar casi rotas...

—¿Tú te lo explicas así... lo sientes así?

—Yo, sí.

—Pues yo no. Y puesto que Jaimito la sabe, atormentaré a Jaimito hasta hacerle decir lo que haya.

—Eres testaruda, Matilde.

—Mi madre era aragonesa... —sonrió.

Pero estoy triste, preocupada, disgustadísima.

Coto del Encinar

La ausencia de Jaimito me pone de mal humor. Ya lleva sus quince días en Grijuela y no parece tener mayores deseos de venirse al Coto. El otro día amanecieron él y Pedro Luis a caballo. Parece ser que este Hervás dirige en persona la labranza de sus rastrojos y de sus olivares y que Jaimito se extasia viendo funcionar los tractores. Llegaron de prisa y corriendo, tomaron un refresco y se alejaron. Pedro Luis está más moreno, pero debe probarle mucho la actividad de su vida, porque le encontré más alegre y más lleno de vitalidad que nunca. Aunque tan áspero... es decir, áspero precisamente, no, tan parco de cordialidad respecto a mí, como de costumbre. Yo no quería bajar cuando les oí, pero me dió pena por Jaimito y, a pesar de todo, bajé, Jaimito me encontró pálida y desmejorada.

—Estás triste, muchacha... ¿Es que te aburres?

—¡Qué disparate! Al lado de Adelaida no se aburre nadie... —protesté, colorada hasta las orejas—. Y a mí me gusta mucho el campo, ya lo sabes. He venido al Coto por mi gusto...

—Bueno, bueno, más vale así...

—Es el calor... —insinué.

—Sí, el calor... y las manías —terció la marquesa.

—¡Ah! ¿Con que manías? —murmuró Jaimito, mirándome atentamente—. Vaya. No pensaba yo que la señorita Matilde pudiera tener manías. Bueno, pues eso es fruta nueva. En Madrid estabas muy tranquila. Ahora, que la ausencia suele ser una excelente piedra de toque para conocer ciertos valores...

—No sé a qué te refieres, Jaimito —murmuré, turbada y, sin saber por qué, rabiosa.

Adelaida me envolvía en una mirada socarrona. Pedro Luis apretaba con movimientos nerviosos y la correíta de su reloj, sin acertar el agujero conveniente.

—¿No? ¿A que sí? Esas manías... ¿llevan uniforme de húsares?...

Hubiera estrangulado a Jaimito.

—Ni llevan uniforme, ni tengo manías. Y si las tengo, son de otra clase y no tienen nada que ver con lo que tú supones —respondí, con aspereza.

Al levantar los ojos, vi que Pedro Luis tenía los suyos puestos en mí, con una expresión atenta, y... ¿sería figuración mía? un poco ansiosa. Al encontrarse nuestras miradas, la suya se desvió. Y cortando bruscamente la conversación, se levantó declarando que tenía que marcharse inmediatamente.

—¿Cuándo nos devuelves a Jaimito? —preguntó Adelaida.

—Habrás de esperar algunos días —sonrió, algo embarazado, Pedro Luis—. Estamos esperando a míster Baxterlov... y a su hija.

—¡Pedro Luis! ¿otra vez?... ¡Cuándo yo digo!... —se echó a reír la marquesa.

—No seas mal pensada. Vienen a despedirse antes de embarcar para América. Y Jaimito nos será de enorme utilidad para darles cuerda al padre y a la hija. Son pesadísimos. Y yo tengo ahora un trabajo abrumador. Me sería muy difícil atenderles sin perjudicar mis intereses. Jaimito me hará, quedándose, un señalado servicio...

Pedro Luis parecía estar muy confuso y embarazado. Adelaida, muy discreta, no insistió. Es más, mientras íbamos bajo la rosaleta, en busca de los caballos, inició otro tema de conversación.

—Oye, Pedro Luis: ¿tienes falta de algún jornalero

—No, por ahora, no. ¿Es algún compromiso tuyo?

—Es... esa calamidad del hijo de la tía Cándida, que me lo han vuelto a despedir del tejat. Es un gandul, un comunista, un loco...

—Buena recomendación... — se echó a reír Pedro Luis.

—Ya ves. Y ahora la niña está enferma con un tumor blanco, y la abuela se ve y se desea para sacarla a flote. Una miseria espantosa. Hay que hacer algo... Y ese demonio de hombre no deja vivir a nadie cuando se encuentra en casa. Sería una suerte poderlo colocar en un sitio como Grijuela donde se viera precisado a dormir y todo por razón de la distancia...

—Bueno. Lo veré... Ya irán las niñas a ver a Amorcito...

—¡No! —salté yo, vivamente—. Que no vayan, por Dios. Mientras ese hombre esté allí, que no vayan. A mí, casi me pegó el otro día.

En los ojos de Pedro Luis centelleó la cólera.

—¡Animal! Con razón la tía Cándida dice que es un animal... Y usted no debía ir sola a meterse en esos sitios —se inquietó Pedro Luis.

—Lo que yo le digo pero no me obedece. Es una rebelde —protestó Adelaida.

—¡Bah! Ahora ya no me dice nada; hasta casi somos amigos. Como que estoy tratando de convencerle para que me deje llevarme la niña cuando me vaya a Madrid y ver si el tratamiento de un buen especialista la pone buena.

—Sería usted capaz de domesticarle? —murmuró, suavemente, Pedro Luis.

—A lo mejor...

Se fueron. Días más tarde, Adelaida quiso llevarme a Grijuela.

—Vamos, no seas tonta. Consuelo se alegrará mucho y nosotras nos divertiremos con el yanqui. Debe ser un tipo...

No, no he querido ir. A míster Baxterlov, sí, me hubiera gustado mucho conocerle, pero su hija me es antipática. Adivino que ha vuelto con la excusa de despedirse mas lo que busca es ver si engancha a Pedro Luis.

Bueno, y a mí, después de todo, ¿qué me va ni me viene? No me importa, es verdad pero en el fondo de mí no siento una molestia especial algo que no he sentido nunca al sólo pensamiento de ver a miss Constaner Baxterlov coqueteando con Pedro Luis Hervás. No he querido acompañar a Adelaida, quien, para consolarse de mi defeción, se ha llevado a Es-

teban. Yo he aprovechado la tarde para leer tranquilamente un libro de mi agrado, bajo la encina mas añosa del parque.

Coto del Encinar

Comieron en Grijuela, y eran ya bien dadas las once de una noche llena de estrellitas de oro, cuando la bocina del "auto" me sacó de mis reflexiones. Adelaida se lamenta en todos los tonos de que yo no haya ido. Dice que el yanqui es un señor correcto, simpatiquísimo, muy agradable y joven aún. En cuanto a la hija, Adelaida y Esteban convienen en que es guapísima: una rubia norteamericana de esas que cuando se ponen a ser bonitas lo son hasta el empacho. Muy artificial, eso sí; muy atrevida de maneras, muy fresca para vestirse... y en el fondo, una perfecta ingenua, cuya peligrosa coquetería inconsciente será milagro no trastorne la cabeza de Pedro Luis Hervás.

—Me hubiera gustado que vinieras, Matilde —ha dicho Adelaida—. Las muchachas tenéis una perspicacia especial para averiguar esas cosas. Y a mí me parece que esto huele a chamusquina.

—¿No te lo dijo yo?

—Ella está coladita por Pedro Luis; se lo come con los ojos. Y es insinuante, atrevida, audaz...

—¡Qué asco!

—No creas. Obra con un candor tan perfecto, le parece tan natural su derecho a exteriorizar sus sentimientos, que no resulta indecorosa, ni se hace antipática; al contrario, nos admira por el valor de su sinceridad...

—¿Y él?

—¿El?... No parece muy halagado, pero sí muy divertido. La encuentra muy original y graciosa. Aunque en ciertos momentos las audacias candorosas de miss Baxterlov le ponen en un brete y se le ve terriblemente cohibido y violento. Yo creo que el papá atacará la fortaleza. Hablará con Consuelo.

—¡Qué poca vergüenza!

—Por lo visto, es la manera de tratar estos asuntos en esos países supercivilizados. La iniciativa parte indistintamente de unos o de otros.

(Continuará)

El tiempo de la juventud

Acuérdate de tu Criador en los días
... de juventud. Eclés XII, I.

Alégrate, oh joven, del hermoso tiempo de la juventud; es la primavera de la vida. Mas para que tu alegría sea verdadera y durable, no te olvides de tu Criador en los días de tu juventud.

¿Quién es el que en primer lugar tiene derecho a tu juventud? ¿No es por ventura Dios, que con tan magníficos dones la ha adornado?

¿Han de ser los primeros frutos, por los cuales Dios tan celoso se muestra, precisamente porque son tan hermosos, arrebatados desdeñosamente de su altar y sacrificados a sus enemigos? ¿No supondría esta conducta la más negra ingratitud?

No digas con los impíos: "Venid y gozemos de los bienes que se nos ofrecen, y aprovechémonos de las criaturas en la juventud, que pronto pasa: no perdamos lo mejor de nuestro tiempo".

Antes oye la voz de Dios: "A los que me aman, yo los amo; y los que me buscan temprano, me hallan". ¡Magnífica promesa! Dios te promete su amor y su auxilio especial, si tú lo buscas temprano, en la flor de tu vida. ¿Puedes desear cosa mejor ni más magnífica?

Acaso te prometes vivir largos años; pero ¿quién te lo garantiza? ¿Y si mueres en la flor de tu vida? ¡Qué dolor, haber disipado tu juventud! El daño sería irreparable, por toda la eternidad.

Mas aun cuando llegaras a una edad avanzada ¡qué daño tan grande se te seguiría de haber disipado tu juventud!

Lo que en la juventud siembras, en la ancianidad lo recogerás. Las primeras impresiones son las más profundas y duraderas, y las costumbres de la juventud difícilmente se dominan. El árbol que crece torcido difícilmente y sólo con violencia puede enderezarse.

¿Y cómo te harás capaz de cumplir con los deberes de tu futura vocación, si no te acostumbras a cumplir fielmente tus actuales obligaciones y a vencerte a ti misma? Sé prudente. Bien está que quieras gozar de tu juventud, y alegrarte de ella; pero busca la alegría en su fuente, en Dios que es Padre de la luz, de quien procede todo bien y todo don perfecto.

"Los que se apartan de Tí, serán escritos en el polvo, porque se apartan de la fuente del agua viva".

Adhiérete a Dios, dále tu corazón y tu juventud será iluminada por el resplandor del sol, y el sendero de tu vida será cada vez más claro y resplandeciente. A la primavera seguirá el verano fecundo y un otoño rico en ópimos frutos.

"Vendrán con gran regocijo, trayendo las gavillas de sus mieses".

BETTINA DE HOLST HIJOS

LE OFRECE: magníficos géneros de lino para manteles, crudo muy ancho. Y crudo con cuadros de colores. Géneros para cortinas. Tela plástica para capas, etc. Hilos de toda clase para bordar y gran surtido de lanas para tejer.

Hágase tu voluntad

RELATO HISTORICO

Se llamaba María, Era una viuda joven, fresca aún, vestidita de negro; una de esas go londrinas a quien la muerte había arrebatado presto, muy presto, a su dulce y amoroso compañero.

No tan presto, sin embargo, que no viniese a dejar el amor en aquel nido medio vacío un fruto de bendición, un consuelo para la pobre alma de la joven. Era una niñita de rostro blanco como las auroras de los primeros días de ventura del alma de su madre, y con los ojos negros, negros como los ocasos de lágrimas que esperaban al alma de su madre.

La viudita había reconcentrado todo el fuego de su amor juvenil en aquel rostro blanco, en aquellos ojos negros, en aquella alma pura e inmaculada que se reflejaba en el rostro blanco y que se asomaba por los ojos negros de la niñita.

Pero he aquí que a la niña un día le dió fastidio el mundo, le dió envidia, el cielo, y se empeñó en volar hacia las regiones serenas y tranquilas, desde donde su padre la esperaba.

Una maligna calentura se apoderó de sus huesos, y aquel rostro de jazmín comenzó a metamorfosear en rosa de té. Sus ojillos, cada vez más grandes, mientras su rostro se demacraba más perdieron la viveza picarezca de gorrion para tomar la dulzura melancólica de la tórtola.

Y la madre, perdida toda la esperanza en los médicos de la tierra, alzó sus manos supli-

cantes al Médico del cielo pidiéndole la salvación de su hijita.

Prometió con la fe sencilla de las almas españolas oír Misa todos los días que le durase la vida si su hijita vencía la enfermedad; y para dar al Señor muestra de lo resuelto que estaba a cumplir su promesa, dióle comienzo desde el día mismo en que la hizo.

Todos los días al rayar el alba y al oír tocar a Misa, ella se tocaba la mantilla y salía camino de la iglesia, donde oía el santo Sacrificio, y en él pedía al Señor por la salud de su hijita, que cada vez iba avanzando más y más hacia el sepulcro.

Su fe era segura; su esperanza, cierta; pero envuelta siempre en esa especie de neblina, en esa gasa diáfana y fría que envuelve las peticiones de los hombres: ¡si me convendrá!

Y la niña seguía enfermando. Sus miembros, reducidos al último grado de demacración, parecía uno de esos lirios del monte en tiempo de sequía, que sólo conservan hermosa la corola. Así era su rostro, que aparecía más hermoso mientras más se alejaba de la tierra y se alzaba hacia el cielo.

—0—

Una noche la fiebre arreció.

La madre, sin dormir, sin dejar el llanto, permaneció a la cabecera de la cama, esperando por momentos el desenlace de la triste tragedia. Y mientras veía aquel rostro cadavérico, mientras oía la respiración fatigosa de aquel pecho, mientras la Esperanza comenzaba ya a doblar sus verdes alas, fatigada de volar alrededor de aquel lecho, un pensamiento negro y maligno asaltó el alma de la desesperada madre.

—¡Oh ¿Y si es posible que mi hija se me muera? ¿Y Dios no va a oír mis súplicas después de la promesa que le tengo hecha? Si hay providencia en el cielo, ¿no va a acordarse Dios de esta pobre viuda, que no tiene más calor que el de su hijita? No; lo que es si se me muere, no vuelvo a la iglesia, ¡no vuelvo, no vuelvo, no vuelvo!

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Exámenes científicos de la vista

LENTEs Y ANTEOJOS

DE TODOS LOS PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

Una sacudida seca y convulsiva sacó de su letargo a la pobre madre, que no había, sin duda, consentido en la tentación. Y la tentación volvió a hostigarla una y muchas veces para que dejase de ir a misa mientras su hija convaleciera, y la madre volvió a sacudir una y muchas veces aquella sombra tentadora y maligna que le hacía ofender a su Dios.

De pronto la voz de la campana llamó a los fieles a la iglesia con su solemne volteo, indicándoles el sitio donde pueden hallar el único venero de dicha y de resignación, unas veces encontrando salud para sus cuerpos; otras, si esto no conviene, paz y resignación para sus almas. Y María la viudita se volvió a tocar la mantilla, dió un beso a su hijita moribunda, se limpió las lágrimas y se fué a la iglesia para oír la misa, de donde volvió con el alma saturada de resignación cristiana, de esa resignación y consuelo dulce y tranquilo en que se hallan saturados los altares, las luces, las bóvedas y el pavimento mismo de las iglesias cristianas.

Al volver a casa halló más grave a la niña. Aquel día fué de prueba para la pobre viuda. La respiración aún más fatigosa, de la hija, indicaba la proximidad de las auras frías de la tumba.

El médico la encontró más abatida que el día anterior, y las alas del ángel de la Esperanza se cayeron, lánguidas y mustias, para no volver a revolotear sobre la cama de la niña.

Así pasó el día, y el sol se hundió, por fin, entre un montón de negros nubarrones, que se confundían con las pardas siluetas del vecino monte, y la madre se sentó en una silla al pie de la cama de su hija para presenciar su agonía.

Su rostro se clavaba en el rostro amarillo de la enferma, y su amor se alzaba con recuerdos de pasadas ilusiones y de esperanzas del porvenir que ya no habían de realizarse, para luego caer en el abismo desesperante de la fría realidad. Los pensamientos tentadores volvieron como tropas de fantasmas a la imaginación calenturienta de aquella joven cristiana, y a

¿Qué necesidades llena el Seguro de Vida?

Su familia debe seguir haciéndole frente a las exigencias de la vida, aun cuando Ud. falte. Los suyos necesitarán siempre:

- * ALIMENTACION ADECUADA ;
- * VESTIDO APROPIADO ;
- * CASA CONFORTABLE
- * ATENCION MEDICA ;
- * EDUCACION DE LOS NIÑOS

La póliza ordinaria de vida se adapta al hombre que desea proteger a su familia apartando una pequeña cantidad de sus entradas, ya que las primas que se deben pagar al Banco son muy bajas.

La póliza ordinaria de vida goza de dividendos anuales que pueden cobrarse en efectivo o acumularse al monto del seguro, y ofrece muchos otros beneficios.

Llame al teléfono 5800 o escriba a la Sección de Ventas y con gusto ampliamos los informes y estudiaremos su caso particular.

¡Tenemos un plan de seguro para cada persona!

BANCO NACIONAL DE SEGUROS Fundado en 1924

dar asalto al alcázar inexpugnable de su fe.

—¡No, no y mil veces no! Si Dios me quiere ¿va a negarme el consuelo, el único consuelo que me resta en la vida? ¿No es bien pesada la carga que yo me impongo en cambio de la gracia que le pido? Dios mío, Dios mío, ¿cuándo he merecido que me trates así? Y he cumplido tus preceptos, he guardado inviolablemente el juramento del matrimonio, he pensado educar en tu ley esta alma que confiaste a mi cuidado. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Y no me vas a oír?

Esta era la lucha sin cuartel que María estuvo sosteniendo toda la noche; a veces triunfando, a veces, sólo a veces, medio vencida del combate, dejando vagar la imaginación como vaga por las regiones de una sangrienta pesadilla.

En esto la niña comenzó a agitarse convulsivamente. La madre se abrazó a ella, la bañó con sus lágrimas, la defendió con sus besos, pero todo inútil. ¿Qué sabemos lo que pasa alrededor de un lecho en esos momentos en que luchan los ángeles por llevarse consigo un alma buena para que ocupe el sitio de los ángeles rebeides?

La niña quería juntarse con su padre, y por eso, después de breve agonía, bajaron sus hermanos los ángeles, le trajeron dos alitas tejidas de seda y de armiño, le llamaron por su nombre, y ella sonrió, agitó su cuerpecito, su alma comenzó por vez primera a batir alitas, y volando por los espacios con los ángeles, se fué a gozar del día esplendoroso y sin fin que alumbra el sol increado y eterno con los resplandores de su divina esencia.

El dolor se apoderó de todos los sentidos y potencias de la madre, y la excitó hasta el delirio, hasta la desesperación. Dios no había cumplido su parte en el contrato; era imposible que hubiese providencia en el cielo cuando Dios dejaba sufrir a un alma de un modo tan cruel. Era imposible que ella pudiera volver más a la iglesia, pedir a Dios ninguna otra gracia...

Poco a poco aquella imaginación se fué fatigando; el ángel de la fe agitaba pausadamen-

te sus alas blancas en aquel aposento, de donde había volado el ángel de la Esperanza, y vertió sobre la llaga honda que acababa de abrirse en el alma de la joven unas gotas de bálsamo elaborado en el cielo, y que se llama *resignación*.

En esto la campana de la iglesia, volteando alegremente, llamó a los fieles a la iglesia, donde Jesús Sacramentado los esperaba para consolarlos. María se estremeció; quedó un momento indecisa, mas de pronto se tocó de nuevo la mantilla, dió un beso al cadáver de su hijita, y se fué a oír misa con el corazón partido de amargura y de angustia.

Allí le esperaba Jesucristo en el sagrario, y allí su alma se inundó de resignación. Le parecía ver a su hija con dos alas tejidas de seda y de armiño revoloteando alrededor del Sagrario.

Cuando María volvió a casa el ángel de la Esperanza había vuelto a entrar en aquella morada. No le traía la esperanza de ver a su hija a su lado, pero sujeta a las miserias de la carne, sino la esperanza firme y segura de que era dichosa en el cielo.

Desde entonces cuando el volteo de la campana llama a los fieles a la iglesia, María se toca la mantilla, besa el retrato de su hijita, que tiene en la cabecera de la cama, y como respondiendo a una pregunta que le hace un ser invisible, responde llena de resignación: — *¿Y si no le convenía?*

A. de la Paz

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA UD. EN LA

Tienda de DON NARCISO

Ofrecámos a la Santísima Virgen al Rosario en Familia

RECETAS DE COCINA

A cargo de doña DIGNA CASAL DE SOLARI, Profesora graduada en Bruselas

POLLO EN SALSA DE VELOUTE

La víspera se prepara el pollo y se deja adobado con sal, pimienta y ajos, al día siguiente se parte en pedazos; en una cacerola se echa una cucharada de manteca y cuando está bien caliente se le pone un poquito de achiote y los pedazos de pollo; se le da vueltas al pollo hasta que esté un poco dorado, entonces se le agrega una cebolla cortada en ruedas, medio chile dulce cortado en tiritas y dos zanahorias bien tiernas, partidas en ocho pedazos, se tapa y se deja sudar un rato dándole vueltas de cuando en cuando, entonces se le agrega agua hirviendo o caldo de carne y un tomate pelado y sin semillas, se tapa y se deja hervir muy despacio hasta que el pollo esté suave y no quede más que un poco de salsa; aparte se mezcla en un plato tendido y con un tenedor una cucharada de mantequilla y una de harina y se le echa a la salsa hirviendo del pollo moviéndolo muy ligero para que no se haga pelotas; de último se le pone una cucharada de natilla (crema de leche) y se le prueba para saber si tiene buen gusto y se sirve.

QUEQUITOS DE COCO

En la taza de batir se bate con una cu-

chara de madera un cuarto de libra de mantequilla durante 10 minutos, luego se le agrega un vaso de azúcar de los de casco y se bate diez minutos más, luego se le agregan cuatro yemas de huevo y se bate 10 minutos más; se baten las cuatro claras a punto de nieve; al batido se le agregan dos vasos de harina cernidas con una cucharadita de royal, y cuatro cucharadas bien llenas de coco rallado, cuando está bien mezclado se le agrega una cucharadita de vainilla y las claras, mezclándolo muy despacio para que no se bajen las claras; esta pasta se echa en 14 moldecitos untados de manteca y espolvoreados de harina; se asan en el horno caliente.

HUEVOS MOLES

Se pone a cocinar una taza de azúcar en una taza de agua, cuando la miel pega en los dedos se retira del fuego y se deja enfriar y se le agrega 3 yemas batidas meneando constantemente; se vuelve a poner al fuego y se continúa batiendo hasta que se empiece a ver el fondo de la olla, entonces se retira del fuego, se le echa una cucharadita de vainilla, se echa en un platón, se deja enfriar y se sirve.

EL EJEMPLO

Es aleccionador el caso de San Francisco de Asís, quien, tomando un día a un compañero suyo, le dijo: "Vamos a predicar". Dió con él una vuelta por la ciudad y, volviéndose a su convento, preguntóle el que le acompañaba: "Padre, ¿cuándo predicamos?" "Ya hemos predicado", contestó el santo, aludiendo al ejemplo de modestia y compostura que habían dado mientras recorrían la ciudad.

Joyería MULLER

La más antigua y acreditada Joyería, donde encontrará Ud.: Relojes de las mejores marcas, joyería finísima y artística.

Preciosos regalos para navidad

¡Alabado, adorado, amado, sea el Corazón Eucarístico de Jesús, en todos los instantes, en todos los tabernáculos!

COMPRE LOTERIA NACIONAL

Es la que ofrece más probabilidades de obtener premios de sumas considerables. Además, si se es patriota, debemos apoyarla, pues su producto es para sostener los gastos aumentar las comodidades y poner nuestro Hospital San Juan de Dios cada día en mejores condiciones para servir a los costarricenses.

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica